

# Desplazamientos de una catequesis: 1950-1980<sup>(\*)</sup>

Por Vincent AYE

Me apresuro en explicitar el sentido de mi título: “Desplazamiento de una Catequesis”. Ello me permitirá —en la Introducción— señalar la naturaleza de mi relación, así como sus límites des y el método elegido.

Se trata de *desplazamientos*. El paisaje de la Catequesis ha cambiado mucho durante las últimas décadas; también han cambiado bastantes cosas en la Iglesia y en el mundo. La roca de la fe, el instrumento pastoral de la permanencia de la fe ha comenzado a desplazarse curiosamente. Porque se trata de algo que mucho más allá de un agradable y fácil juego de palabras: Catequesis se ha desplazado tanto que ciertos cristianos y tantos catequistas han quedado inmovilizados por una especie de parálisis o de estupefacción! La perplejidad, el desconcierto, el desánimo que han sucedido, a veces, a las excitaciones de la fe, se explican porque han desaparecido ciertos puntos de referencia familiares. No se sabe dónde se está. Se han producido considerables desplazamientos de terreno (esto constituirá mi Primera Parte); las señales indicadoras que mostraban la dirección a seguir y las tareas que cumplir han sido modificadas y con frecuencia suprimidas (objeto de mi Segunda Parte); las conexiones de vecindades que aseguraban, relajadas o quebradas, no funcionan como antes (veremos esto en la Tercera Parte).

Quiero hablar de la *Catequesis*... O, más bien, en una perspectiva más reducida, de *una* Catequesis. He aceptado la invitación que me fue dirigida bajo la siguiente convicción, dictada por la honestidad: No me es posible analizar las evoluciones de la Catequesis a

---

(\*) Ponencia presentada y leída en el “Simposio sobre la Catequesis” celebrado en Roma, en abril de 1980, con ocasión del Tricentenario de la fundación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

vés de la diversidad de regiones del mundo de donde vienen ustedes. De acuerdo con los organizadores de este Simposio, me limito, pues, a lo que constituye mi experiencia directa. Lo que voy a decir se referirá a un caso particular: los cambios de la Catequesis acaecidos en Francia desde alrededor del año 1950. Caso particular de un fenómeno ampliamente universal, sin duda, pero cuyos caracteres varían de país a país. Ocurre que mi compromiso en el movimiento catequístico remonta, precisamente, a los inicios de 1950, bajo la influencia directa de Joseph Colomb, un verdadero pionero. Desde entonces no he cesado de vivir los impulsos, las dificultades, las esperanzas, los interrogantes y los combates...

Debo advertirles con respecto al *método* que voy a seguir. Para localizar los desplazamientos de esta Catequesis en el cuadro geográfico limitado que acabo de precisar, no procederé leyendo las directivas que venían de las instancias oficiales: bastante escasas hace 30 años, no han cesado de crecer desde entonces y se puede medir el camino recorrido con la importantísima exhortación apostólica publicada por Juan Pablo II sobre la Catequesis, siguiendo el último Sínodo de Obispos.

Pero, aunque me encuentre ahora en Roma y con verdadero gusto, mi método no consistirá en citar textos pontificales, conciliares, episcopales. He elegido, a propósito, observar los desplazamientos al nivel de lo que se ha vivido y se sigue viviendo en la base, de lo que ha ocurrido, prácticamente, en el Pueblo de Dios y especialmente en los Catequistas.

Mi punto de vista es descriptivo frente a una situación determinada. A continuación de cada una de las tres partes formularé algunas preguntas susceptibles de impulsar nuestra propia búsqueda en las mesas redondas orientando hacia las acciones a emprender.

## I. UN TERRENO QUE SE HA MOVIDO CONSIDERABLEMENTE

Se ha desplazado el campo de la acción de la Catequesis. A veces ha sufrido profundos trastornos. Voy a referirme a tres puntos de vista para observar estos desplazamientos del terreno en el campo de la Catequesis:

- 1) *El contexto sociocultural: una fe vivida de distinta manera.*
- 2) *El entorno eclesial* (vicisitudes de una Iglesia que condicionan el ejercicio de la Catequesis).

- 3) La población concernida (está en situación de cambio, l  
tequizandos y los agentes del acto de la Catequesis).

## 1) EL CONTEXTO SOCIOCULTURAL: UNA FE QUE SE VIVIR DE DISTINTA MANERA

¿De dónde venimos? En los años 30-40 el niño nacía y vivía  
contexto predominantemente cristiano o, al menos, religio  
descubrimiento de la fe se realizaba en la familia, en el ma  
la parroquia del pueblo o del barrio. La sociedad estaba me  
por la referencia religiosa múltiple. En este contexto el cate  
no tenía por finalidad conducir a la fe (porque era uno de lo  
supuestos), sino ofrecer conocimientos, asegurar bases sól  
una fe presupuesta, ya adquirida, transmitida por la familia  
medio ambiente.

En el catecismo el niño aprendía a nombrar lo que, por otra  
ya vivía y que le parecía lógico. De la misma manera el adole  
y el joven crecían en el interior de una sociedad que habla  
religión, de fe, de Dios, de Iglesia. La existencia humana vi  
ritmo de las fiestas y de los tiempos litúrgicos.

Hoy vivimos en otro tipo de sociedad. Las referencias de la  
pública ya no son cristianas, ni siquiera religiosas. La exis  
está sometida a otros ritmos; horas de trabajo, prolongaci  
la escolaridad, fines de semana, vacaciones, ocios, televisión, y  
cidad, tebeos, etc. Todo esto ha transformado el marco de la  
y ha modificado las relaciones entre los hombres y entre las  
talidades. El desarrollo de los medios de consumo reduce la  
tancias materiales y multiplica las posibilidades de informaci  
todos los dominios. De ahí la disminución de la influencia qu  
otra época, tenían la familia y la Iglesia (también la escuela  
ya volveré sobre este tema en la Tercera Parte).

Los jóvenes crecen en un universo donde nada habla de Dios,  
de, en todo caso, Dios no es el “primer servido”.

<sup>1</sup> *Appel aux Vivants*. Ed.  
du Seuil, 1979, pág. 59.

Pienso que Roger Garaudy retoma, en su último libro <sup>1</sup>, una  
la utilizada con frecuencia y que encierra gran parte de ve  
“Se trata —escribe Garaudy— de tomar conciencia de que l

se llama “crisis de la fe” es, en realidad, crisis de la cultura en la que esta fe se expresa: la cultura grecorromana. Es lo que se ha expresado fuertemente en Africa, en el Coloquio Teológico de Dar-es-Salam, en 1974, y en el de Abidjan, en 1977, y, bajo formas propias en cada continente, en Asia y en América Latina.”

Y Garaudy —que representa a esta nueva categoría de “cristianos sin Iglesia”— continúa sus observaciones, cuyo alcance los catequistas deberían reflexionar de manera crítica: “Se trata de pasar de una Teología Dogmática (es decir, que da por adquirido lo esencial de los dogmas cristianos) a una Teología Fundamental (es decir, que hace surgir la interpelación de la fe de las necesidades profundas actuales de los hombres) a partir de una certeza fundamental, que no es posible hablar de Dios sin hablar del hombre y sin obrar por él.

En esta situación no se puede ni vivir la fe como antes ni decirla de la misma manera. La fe ya no resulta evidente: es necesaria una opción personal. Esta no se realiza en conformidad con el entorno sociocultural, sino en contestación con este mundo.

Escuchemos a un joven de 23 años: “ Con frecuencia se habla de nuestro tiempo como si sonara a vacío. Pero ¿hay un verdadero vacío? Y si lo hay, ¿de qué vacío se trata? Durante los años 60, en los días en que la expansión económica era una religión, nos enseñaron a llenar nuestros bolsillos y a vaciar nuestros corazones. La niebla de los bienes materiales caía sobre nosotros y tornaba invisibles a los otros bienes. He aquí que el viento sopla y despeja las nieblas que nos convenían. El sol se levanta y nos obliga a mirar la vida de frente, con su verdadera dimensión. Antes aguantábamos la fe como todo lo demás. Ahora es necesario elegir. Lo importante es saber sobre qué sale el sol y sobre qué se oculta. Como todos los hombres, nos encontramos enfrentados a preguntas considerables: ¿Qué es el hombre y qué lo hace hombre?

No tenemos respuestas preestablecidas. Apasiona interrogarse sobre la medida de una vida que se sabe es, precisamente, sin medida”<sup>2</sup>.

Tal es la nueva situación que se le ha creado a la fe, hoy...

Pero ¿cómo se la vive, de hecho, entre los jóvenes presentes en nuestras catequesis? Bajo el signo del “medio ambiente”, diré, en primer lugar: son sensibles, ante todo, a un ambiente cálido, fra-

MASSON: *La foi-  
niers jours*. Ed.  
urion, 1978.

terno, libre..., más que a los discursos. Luego diré que su fe, búsqueda de fe, se caracteriza por cierta "prudencia": duda las palabras y prefiere la alusión del símbolo o el silencio pú

Agrego que no tienen gusto alguno por una fe sin relación con la vida concreta. Y que esta "fe viva" reside para ellos más en el caminar nunca acabado que en la posesión tranquila del objetivo alcanzado.

Por último, la fe de estos jóvenes es ávida de verificación a través de la experiencia personal.

## 2) EL ENTORNO ECLESIAL: VICISITUDES DEL ROSTRO DE LA IGLESIA

Venimos de un mundo catequístico en el cual pesaba muy fuertemente la imagen maciza de una Iglesia monolítica, jerárquica, centralizadora, uniforme y piramidalmente estructurada. Se todo esto por la unidad. Y estos rasgos vigorosos procuraban seguridad y fuerza a la empresa catequística.

Ahora bien, abramos los ojos: el espejo se ha resquebrajado, todos los sentidos, la imagen ha estallado. Es el reino de la diversidad y, con frecuencia, incluso, de las divisiones y de los conflictos. Liturgias, Catequesis, prácticas pastorales, apreciaciones de los cristianos... ofrecen múltiples ilustraciones.

Algunos que hablan de "desorden" experimentan espanto y citan el viejo sueño de un catecismo único y universal, el según ellos, representaría el remedio eficaz para todos los problemas. Sin compartir estos sueños cándidos, gran número de cristianos comprometidos en la Catequesis viven con dificultad estas tensiones y estos conflictos internos que acarrean dificultades para la misión. Un periodista resumía así, recientemente, sus debates en ocasión de un coloquio que reunía a padres y animadores de capellanías (podrán observar la comparación que utiliza al final de la cita):

"Los padres han evocado numerosos conflictos que viven en la parroquia: entre la capellanía y la parroquia, entre los proyectos de los jóvenes y los de los adultos; entre las comunidades de base y la imagen de la Iglesia oficial que transmiten los "mediadores", entre los que se aferran al pasado y los que desean ir demasiado rápido hacia el porvenir...

Detrás de todos estos enfrentamientos, que asustan, se abren camino preguntas más fundamentales: los participantes se han preguntado si la fe en Cristo es la misma entre todos los que se enfrentan. Y si las diferentes formas de fe son compatibles. Por prudencia no han cesado de aventurarse lejos, en un terreno muy difícil. Pero una comparación utilizada en un grupo resumía bien las preguntas de los participantes. Antes, una central distribuía la fe con la ayuda de una red muy perfecta. Hoy, en todas partes nacen "surtidores", lo cual provoca conflictos. Numerosas preguntas se plantean entonces: ¿Cómo interconectar las redes? ¿Qué hacer con la vieja central? ¿Qué corriente se conseguirá y de qué calidad?"

Yo agregaría por mi parte: este pluralismo eclesial no es fatalmente contrario a la verdadera unidad, incluso si acarrea dificultades con respecto a las condiciones de la Catequesis, puede valerle nuevas posibilidades. Lo que me parece muy grave se sitúa en otra parte: en la frecuente falta de vitalidad de las Iglesias locales en alguno de nuestros países. No hago ningún juicio —me considero parte integrante de esta Iglesia, no me dejo llevar por ningún pesimismo—; diré dónde están mis esperanzas. Pero en demasiadas regiones la Iglesia tiende a desaparecer en el horizonte de los jóvenes: entonces la Catequesis resulta impotente. Sólo queda de la Iglesia de Jesucristo una fachada institucional, órgano-testigo de un mundo agonizante o completamente muerto, supervivencia de tradiciones inofensivas para las personas de edad, o decoración ajada para una sociedad civil que ha digerido, embotado o "recuperado" la fuerza del Evangelio. El profetismo original de la Iglesia es sofocado y eliminado por el reconocimiento oficial u oficioso. Si hay una convicción que he adquirido por experiencia a lo largo de estas tres o cuatro décadas es ésta: la Catequesis de los jóvenes sólo es posible si se enraiza y se vive intensamente en una comunidad eclesial que está al alcance de los jóvenes. Una Comunidad viviente en torno a la Palabra de Dios acogida y compartida con vistas a una profundización de la fe; una comunidad que celebra los signos de esta fe: ante todo, el signo de la Eucaristía, de manera verdadera y gozosa; una comunidad fraterna y abierta que se compromete al servicio de los otros, de todos los hombres sin distinción, para responder a las necesidades reales del mundo de hoy por actos tan manifiestos como desprovistos de suficiencia ostentatoria.

Ahora bien, en muchos de nuestros ambientes los jóvenes no pueden encontrar esta Iglesia en sus propios caminos; la imagen que tienen de la Iglesia no los atrae y no provoca en ellos interrogación alguna.

Una vez más, sólo hablo de mi propia experiencia, que es limitada. Sé que existen células vivas de Iglesia en nuestro mundo... su presencia no puede, hoy, revestir la visibilidad y la magnitud que en otra época tenía la Iglesia en la cultura y en la sociedad.

Que nos alegremos o que nos entristezcamos, es un hecho que hemos observado ya: las referencias de la cultura y de la vida social no son ya más cristianas. Los islotes de cristianismo, cuando existen, no son percibidos tan fácilmente. La vida absorbe —trabajo, ocios, mass-media y sus mensajes innumerables— tiende a acaparar la totalidad del campo de las conciencias. Y lo “creíble disponible”.

El terreno en el que deberían poder surgir algunos interrogantes fundamentales ya está ocupado, y las palabras se han banalizado por la puja de toda clase de habladurías y por las publicidades invasoras. Hay devaluación de la palabra por exceso de circulación de lo “numerario”. Las ideas intercambiadas no comprometen a la persona y los circuitos de comunicación están obstruidos. Ahí el escepticismo desengañado que acoge toda pretensión de posición de un mensaje de salvación e incluso toda invitación a plantearse una cuestión un poco decisiva.

De ahí, también, en muchos catequistas en potencia, una duda que inhibe con respecto a la pertinencia del proyecto de la catequesis.

### 3) EL PERSONAL IMPLICADO: ACTORES QUE HAN CAMBIADO

Desde hace algunas décadas constatamos otro desplazamiento del terreno de la Catequesis: no se refiere al mismo tipo de persona. Iba a decir que sus protagonistas, así como su “clientela” alcanzaban o por lo menos apuntada, acusan una definida tendencia a depender de otras categorías sociológicas, de unos niveles de edad y de otras pertenencias culturales.

Desplazamiento de la “clientela” (disculpen el uso cómodo de este término demasiado comercial...): del catecismo centrado en los niños hemos pasado a una Catequesis que, por falta de alcance efectivo y en todas partes, apunta intencionalmente a la totalidad del pueblo cristiano. Se intenta, aquí y allá, dar vuelta a la escala de las referencias. Quiero decir que en lugar de tomar como referencia básica el catecismo y la fe de la infancia —y luego desearía que los adultos (y, en primer lugar, los adolescentes) “j

severaran”, es decir, continuaran conservando sus buenas disposiciones de niños —invertimos el modelo pensando que conviene tomar como referencia básica, de alguna manera proyectiva, la fe y la Catequesis de los adultos, mediante lo cual nos preguntaremos qué hay que hacer con los jóvenes bautizados, no tanto para que “perseveren” (jesto no entusiasmo nada!), sino para que el día de mañana hagan posible y deseable a sus propios ojos el acceso a una forma de Catequesis de adultos, a una fe en permanente formación.

Esta inversión que hoy se inicia va a tener ciertamente consecuencias graves en cuanto a la repartición de las fuerzas catequísticas en la Iglesia...

Además, no se confunden hoy día la Catequesis y la Instrucción Catequística. Esta queda ampliamente desbordada por aquélla, la cual pasa por canales muy diversos, no siempre institucionalizados, en el organigrama de las instancias oficiales de la Iglesia.

Estos adultos y estos jóvenes no son los mismos que antes, ya que están marcados profundamente por el hecho masivo de la incredulidad y por las nuevas culturas. Viven experiencias que entorpecen, con frecuencia, la comunicación entre las generaciones. Cuando padres y catequistas hablan de lo que hacen los jóvenes, aparecen las rupturas y se originan los conflictos. Unos tienen posturas definidas, principios muy firmes, porque creen en leyes inmutables; otros, están menos convencidos...

Los agentes de la catequesis eran, esencialmente, en otra época, los sacerdotes y los maestros de escuelas cristianas, en su mayoría, con frecuencia, religiosos y religiosas. Hoy asistimos, y no sólo por razones prácticas, a la aparición de laicos animadores de la catequesis a tiempo completo. Y —como lo diré más tarde— la catequesis de los alumnos en la escuela cristiana es asumida cada vez menos por sus profesores. Estos últimos —comprendiendo a los religiosos, cuyo número ha disminuido considerablemente— dudan en lanzarse al trabajo catequístico junto a sus alumnos, especialmente con los adolescentes mayores. Se niegan a ello por motivos diversos, algunos declarados, otros ocultos y más profundos.

Invocan su falta de competencia doctrinal, tienen miedo de acercarse a los jóvenes en el terreno religioso y no saben cómo establecer una relación verdadera con ellos, se dan cuenta de que esos jóvenes no recibirán su Catequesis y no quieren exponerse a un fracaso que los debilitaría pedagógicamente.

Más profundo aún, creo poder decir sin condenar a nadie, que mucha frecuencia ellos mismos sufren en su propia fe cristiana la cual se siente como anémica y enmudecida. No se encuentran cómodos y les falta el lenguaje para expresarse a sí mismos de manera creíble y sensata.

Las dificultades y los obstáculos no justifican el derrotismo. To estamos invitados a una acción lúcida y reflexiva para vencer a ambos y responder a los desafíos de la hora presente.

Algunas preguntas a este respecto:

¿Qué nuevas exigencias imponen al estilo de la Catequesis los caracteres del contexto sociocultural actual?

¿Puede abandonar la Catequesis un cierto dogmatismo deductivo denunciado por Garaudy, y proceder por intuición a partir de necesidades humanas? ¿Y de qué manera?

¿Dónde se sitúa la urgencia actual para nuestra acción? ¿Centramos en la formación de grupos de jóvenes o bien comprometernos con otros, para hacer existir localmente una Iglesia atrayente, para hacer nacer diversos tipos de Comunidades Cristianas que confesiones, testimonien, iluminen la fe y las preguntas interrelativas que ésta le dirige al mundo actual?

¿Nuestros pequeños grupos de religiosos, ¿son verdaderamente comunidades cristianas? ¿Son visibles en la Comunidad Cristiana de hoy?

¿Aparecemos (somos...) activamente presentes en las tareas de Catequesis de adultos?

¿Estamos convencidos de que la Catequesis a los niños y adolescentes sólo tiene sentido si está apoyada por los adultos, ellos mismos presentes en la Catequesis?

¿En qué medida participamos, con otros cristianos, en tareas que permitan que las comunidades de fe existan, vivan como comunidades de fe, de oración, de celebración, comunidades cristianas abiertas hacia los más necesitados, atentas a una salvación que se consigue identificar?

¿Somos catequistas, personalmente? En las escuelas donde trabajamos, ¿quién asume la tarea catequística? ¿Por qué?

¿Qué pensamos de nuestra formación teológica? Cómo la sentimos?  
¿Qué se realiza, entre nosotros, con respecto a una formación seria?  
Dónde está, en nosotros y alrededor de nosotros, la “salud” de la fe?

¿No somos prisioneros de un universo de niños y de adolescentes?  
¿Nos encontramos con personas adultas en el plano de la vida y  
de los problemas de la fe? ¿Cómo nos ubicamos en el mundo adulto  
marcado por la incredulidad o la “falsa-creencia”?

## II. UN CONTENIDO A PRUEBA DE DESPLAZAMIENTOS DESORGANIZADORES

En la efervescencia postconciliar la Catequesis sólo puede desarrollarse en la falta de confort... No sólo porque —como acabamos de verlo— su campo de acción está conociendo importantes desplazamientos; también y sobre todo a causa de lo que sucede al contenido mismo de la Catequesis —o, por lo menos, a las representaciones que nos hacemos—, porque, en cierto sentido, ¡es cierto que la fe no cambia!

He aquí, en orden, los puntos que voy a abordar en esta segunda parte:

- 1) El fin perseguido, que consiste en despertar y en educar la fe, ya no puede enunciarse en los mismos términos.
- 2) La noción de ortodoxia doctrinal está expuesta a las comprensiones — y a las incomprensiones—, cuya variabilidad complica singularmente la tarea de los catequistas.
- 3) La regulación doctrinal de la Catequesis por las fórmulas dogmáticas oficiales y también por la teología o por los teólogos, confundidas fácilmente con los dogmas, ya no funciona con la misma seguridad frente a los automatismos simples a los que estábamos habituados.

### 1) DESPLAZAMIENTO EN CUANTO AL FIN QUE SE PERSIGUE

Me bastaría hacer notar la diferencia de objetivos verificados en estos últimos treinta años, tanto a nivel práctico como en lo relativo a las declaraciones teóricas. De un modo catequístico, cuyo objetivo era la transmisión de un saber ortodoxo y la inculturación

de hábitos firmes en el campo cultural y moral, hemos pasado, repente, a un sentido menos claro: preparar a la acogida (¿eventual, hipotética?) de la Palabra de Dios, ponernos en estado de búsqueda de una fe naciente y siempre renaciente; proponer un camino de una adhesión con plena libertad de hombres autónomos; un encaminamiento nunca concluido, vivido en el diálogo y participación comunitaria.

Ayer se suponía la fe al comienzo del acto catequístico que consistía sobre todo en un trabajo de estructuración doctrinal y lenguaje; hoy, los catequistas y el mundo en que viven son tales que ya no es posible suponer la fe al comienzo, sino que es puesta como un término al que, por lo demás, nunca se llega.

## 2) DESPLAZAMIENTO DEL OBJETIVO

Para esquematizar este cambio de objetivo de la catequesis que ha sido percibido como un paso a través de tres etapas. El primer objetivo era lo que se solía llamar la doctrina, con diferentes capítulos de verdades para creer, sacramentos para recibir y deberes que observar. Con la renovación de la Catequesis de los años cincuenta comenzó a producirse un desplazamiento del sentido de que sin borrar las fronteras doctrinales que pertenecían al menos en el horizonte, la Catequesis fue invitada a tomar como tema la historia concreta de la Salvación, es decir, la Biblia y la Celebración Litúrgica de los acontecimientos de esta historia; se recordaba así un modo antiguo de Catequesis de los primeros siglos.

He aquí que después de quince años se da otro paso: la existencia humana de los jóvenes y de los adultos llega a ser objeto material de la Catequesis. Esta experiencia no es simplemente una ocasión de aplicaciones prácticas al final de un discurso catequístico de tipo doctrinal o bíblico, tampoco es utilizada como un hábil (?) recurso pedagógico inicial, permitiendo puntualizar un tema doctrinal a partir de un verso o una página de la Biblia; llega a ser, en alguna manera, la materia misma de la Catequesis. Esta es concebida como re-lectura de lo que viven los catequistas en sus relaciones y actividades humanas, como una profundización de los significados antropológicos a la luz enrarecida y poco escasa del mensaje revelado; el entrar en el que el punto de partida constituye el plato fuerte.

### 3) UNA REGULACION DOCTRINAL QUE DICE APARTARSE DE LA ORTODOXIA

A los catequistas de ayer la cuestión de “qué” decir no se planteaba casi: tenían programas y manuales precisos. Es ahora cuando la cuestión del “qué” decir paraliza a cierto número de ellos. “El contenido de la fe está privado de su lenguaje”, estaría uno tentado de afirmar. Con todo, puede haber, de un lado, un contenido “en sí”, y de otro, un lenguaje extrínseco que serviría para revestirlo y expresarlo (?). El lazo es mucho más estrecho en los dos. Lo que carece de lenguaje está cerca de quedar en la inexistencia; esto es cierto tratándose del amor y de la fe. No existe y no vive sino lo que por lo menos se intenta decir o compartir. La explicación de este desfase o al menos de esta dificultad de la actual Catequesis podría buscarse del lado de las relaciones violentas entre el objeto de la Catequesis y ciertas teologías más o menos oficiales. Puedo resumir rápidamente estas peripecias (se podría así medir el desplazamiento producido en el terreno de las relaciones entre catequesis y ortodoxia doctrinal).

*Una primera etapa:* Hace treinta años se caracterizó por el distanciamiento metodológico de la catequesis con relación a la teología ampliamente reinante entonces. La Catequesis debía conquistar su autonomía relativa y su originalidad, dejar de no ser más que una teología más o menos oficial en miniatura (teología no siempre la mejor), que en mucho tiempo había prevalecido. La función catequística sintió necesidad de delimitarse frente a la función teológica y aún de la función del magisterio —sin subestimar en manera alguna la importancia y la necesidad de estas últimas en la vida de la Iglesia—. A fin de asegurar mejor su identidad, la Catequesis intentó en ese momento volver a sus “fuentes” bíblicas y litúrgicas, por una parte; por lo demás, quería tener mejor cuenta de la psicología del sujeto. Esta doble búsqueda la conducía a hablar mucho más que un lenguaje teológico y a fijar su propósito de modo “progresivo”, en el tiempo.

*Segunda etapa:* Este paso de la Catequesis fuera del cauce normativo de la teología provocó mala conciencia en ésta. En un aire de superioridad reaccionó criticando a la Catequesis, mirándola con aire de superioridad, invocando la seriedad de su técnica y el rigor de su ortodoxia (o de lo que se consideraba como tal). Así sucedió en Francia a propósito de la “crisis de 1957”. En pleno auge, el movimiento de renovación catequística fue mirado como sospechoso y frenado. Hombres como Joseph Colomb y otros fueron censurados invocando cierta concepción de la integridad del contenido. Hubo malentendidos, como se vio después.

Con todo, esta desconfianza en el campo de la renovación catequística procedía de presiones oficiales romanas o de medios mal inculcados cuya teología, moviéndose en círculos secretos, creía tener el depósito del dogma y aun el de la Revelación. Esta teología corriente, se preocupaba apenas por responder a los interrogantes de los hombres de hoy: atendía, sobre todo, a responder a las cuestiones que se planteaban entre sí los teólogos de estos círculos, o no responder a ninguna cuestión a través de sus discursos puramente repetitivos de los enunciados del magisterio, desligados de todo lazo histórico.

Se comprende que, para una semejante teología de burócratas, estrictamente oficializados, la Catequesis "nueva" y "progresiva" (que pretendía justamente apoyarse en las cuestiones reales de la humanidad concreta), pareciera sospechosa y atrevida en sus planteamientos y lenguaje.

*Tercera etapa:* En un segundo tiempo de reacción, la teología (que se enseñaba y publicaba) empieza a interesarse por la Catequesis. La actividad catequística en el pueblo creyente vuelve a ser el "lugar teológico" importante. Volviéndose con simpatía a la Catequesis, la teología es presa del prurito de definirse, entra a dudar de sus posibilidades y de la legitimidad de sus discursos. En estos años que preceden y siguen a los estallidos socio-culturales de 1968, es significativo ver a la teología fundamental alinearse en cursos universitarios; la teología no termina de interrogarse sobre ella misma. Abandonada su ciudadela, abría (un poco) sus puertas a los laicos y se proponía, algunas veces, responder a los interrogantes del mundo en cambio.

*En una cuarta etapa:* Esta evolución teológica, ya crítica, estaba en camino de comparar y refrentarse a las ciencias humanas entonces triunfantes (psicología, sociología, etnología) y a acercarse a la antropología. Entre tanto, por su parte, la Catequesis era cada vez más antropológica, según lo hemos visto.

Se observa entonces que, estimulada por la corriente Catequística, la teología se acerca ahora y quiere renovar su contenido siguiendo el camino antropológico e interesándose por los asuntos vividos por los hombres. Tanto más cuanto que no podría obrar en círculo cerrado y con solo los clérigos. El lugar ocupado por la información a través de los "mass-media" no permitía el encierro de los especialistas. La búsqueda y el cuestionamiento de orden teológico caminaron ahora por las calles, la teología está hoy forzosamente en la plaza pública.

Estamos en 1979-80, en una *quinta etapa*. Malestares parecidos a los de la Catequesis en 1957 asedian a ciertas teologías. Vienen a nuestra mente nombres como los de Hans Küng, E. Schillebeeckx, Jacques Pohier, Leonardo Boff. Yo no podría comentar lo que ellos significaron dentro del marco reducido de la presente reflexión. Con todo, esta interpretación no carece de interés. Es frecuente el caso, hoy, de teólogos que adoptan actitudes de catequistas. No contentándose con ser meramente repetitiva, la teología busca a los hombres concretos y sus cuestionamientos. No puede construirse sino a plena vista y se expone a los peligros y críticas de la institución oficial, guardiana de la ortodoxia. Con esta teología que se hace catequesis se cierra, en cierta forma, la pequeña historia que acabo de bosquejar.

Lo cual no significa en modo alguno el trabajo de la Catequesis, porque ella recibe el choque de los debates teológicos lanzados en la plaza pública y por ello deformados hasta la caricatura en su contenido verdadero. En todo caso, la Iglesia, la teología, la catequesis sienten hoy la misma incertidumbre, respecto a su identidad; pretenden reformarse actualizándose, las teologías se ven comprometidas frente a las cuestiones reales de los hombres, frente a las ciencias humanas, a los problemas políticos y económicos; la catequesis se pone a la escucha de los jóvenes y del mundo de los adultos.

Pero, cuanto más avanza en su apertura, y debido a esta indispensable actualización, para ser entendida y ser creída, tanto más corre el riesgo de perder identidad cristiana y significado propio de la fe, de la catequesis, de la teología. De donde, digámoslo de paso, ciertos deseos actuales de volver atrás, hacia la ciudadela rodeada de sólidas murallas, la búsqueda de una enseñanza religiosa coherente y de una proclamación abrupta. Pero aquí surge de nuevo el peligro: queriendo hablar claramente y sin rodeos, preocupada por su libertad cristiana, se expone a hablar en el vacío, con peligro grande de llegar apenas a los hombres y a sus problemas.

En síntesis, la búsqueda demasiado inquieta de la identidad, entraña la pérdida de la credibilidad; la obsesión demagógica de la credibilidad conduce a la pérdida de la identidad. Tal me parece ser el dilema vivido hoy: es común a la catequesis que se abre a la reflexión teológica y a la teología que se abre a las perspectivas catequísticas.

Todo ello nos obliga, de nuevo, a hacernos las siguientes preguntas:

- ¿Qué imagen de la fe se desprende de nuestras prácticas pedagógicas en Catequesis? No inducen nuestros métodos un cierto contenido, y viceversa?
- ¿Qué tipo de “creyentes” cristianos debemos educar para el mundo del mañana, en la Iglesia de hoy?
- A partir de lo que hemos vivido hasta hoy, ¿podemos afirmar que la fe es certeza, seguridad? O bien, ¿búsqueda permanente?
- Han sido tomadas sanciones con respecto a ciertos teólogos, ciertamente, hay debates que han saltado a la plaza pública. ¿Qué lugar ocupan estos acontecimientos en nuestra vida (culturas, preocupaciones...)? Repercuten en nuestra catequesis. ¿en qué sentido?) ¿Por qué medios nos informamos? ¿Qué reacciones han provocado en nosotros; apasionadas, serenas, intelectuales?...?
- ¿Qué se hace, en nuestros ambientes, para una sana formación teológica y antropológica de los catequistas, de los adultos cristianos en general? ¿Tenemos alguna responsabilidad a ese respecto?

### III. LA RELACION CATEQUESIS-ESCUELA ESTA INVIRTIENDOSE

En esta tercera parte quisiera trazar las líneas principales de la evolución que interesa de cerca a una congregación de religiosos dedicados a la educación a través del medio privilegiado, aunque no exclusivo, de la escuela. Límite mi consideración, también a las tres últimas décadas y a la región del mundo que conozco mejor. Voy a proponer una hipótesis de lectura de la historia de los treinta últimos años desde la perspectiva de las conexiones entre catequesis y escuela cristiana. Tras esto, terminaré evocando la problemática de la relación “Cultura religiosa-Escuela-Catequesis”, como está renovándose en nuestros días.

#### 1. *Historia reciente de una inversión en la relación Escuela-Catequesis.*

Se trata, pues, de una hipótesis de lectura, de una visión muy esquemática, de una interpretación personal que someto a la ver-

cación crítica de los historiadores de estos treinta últimos años. Esta hipótesis de trabajo puede servir, me parece, como punto de partida para una investigación sobre la evolución en curso, con el fin de comprender lo que ha pasado y de actuar sobre el acontecimiento que permanece abierto... Las fechas que propongo para situar los tres períodos de la historia de ese desplazamiento no son sino jalones aproximativos, no deben ser tomadas de forma rígida.

● *Período 1.º: En 1950*

En esa fecha, bajo las influencias conjugadas de los movimientos bíblico, litúrgico, teológico, personalista, etc., y gracias a pioneros como J. Colomb, Marie Fargues, Francoise Derkenne, Francois Cou-dreau y otros, la catequesis se renueva y toma conciencia más viva de su especificidad. Esta debe liberarla y desprenderla de cierta conjunción histórica "Escuela" y "Educación cristiana". Parecía, en efecto a algunos, que en esa amalgama la catequesis corría el riesgo de encerrarse, de disolverse o incluso de ahogarse. No sin cierto humor combativo a veces, la catequesis toma, pues, sus distancias con respecto a la imagen de un catecismo para niños, de hechura muy escolar, demasiado reducido a la "instrucción religiosa", muy integrada en los programas y disciplinas de la escuela cristiana. Fueron años de emancipación para la catequesis. El movimiento catequético subrayaba el hecho de que el "clima" (noción algo vaga con algo de "alibí"), de una escuela cristiana no basta para educar la fe..., y que podría incluso, a veces, revelarse ambiguo en sus afectos. En cierto modo se necesitaba restituir su trascendencia a la Palabra de Dios y a la catequesis. La fe, objeto y fin de la catequesis, tendía a distinguirse de la liga socio-cultural más o menos "cristiana", más o menos conservadora si no retrógrada, con la cual la escuela cristiana era acusada de estar más o menos ligada aquí o allí. En esos años, el movimiento catequético fue una espina en la conciencia de la escuela católica.

● *Período 2.º: En 1960*

Eso no ocurrió sin que se beneficiara la escuela cristiana. Aguijoneada ésta, inició su autocrítica y se interrogó ampliamente sobre su ser y sobre su significación. Por ello toma una conciencia más viva de su misión propia: debe ser una "comunidad educativa" que favorezca la catequesis. En los responsables y en muchos maestros encontramos en esos años una inquietud real a este respecto. Se preocupan mucho del famoso "carácter propio" de la escuela cristiana. Se la presenta —no sin cierto carácter apologético— como un "lugar" privilegiado dentro del cual la catequesis renovada

podrá desarrollar sus mejores efectos. El movimiento catequístico se afirma entonces como un impulso —no sin cierto revuelo— escuela cristiana cuida de montarse en ese tren en marcha hacia la esperanza: cree de ese modo reforzar su legitimación desde el punto de vista eclesial.

### ● *Período 3.º: En 1970-80*

La conmoción de 1968, tanto en la sociedad como en la Iglesia, trajo la crítica de la institución en nombre del espontaneísmo y de la creatividad. La institución escolar, sea pública o privada, podía escapar de ese cuestionamiento. Algunos —como Illich— gan incluso por su supresión pura y simple... Aparece inadapta las condiciones nuevas de la sociedad. Se suceden innumerables tentativas de reforma de la enseñanza. Un malestar cada vez más profundo afecta a los maestros, a los alumnos, a los padres ...

¿Cómo es considerada hoy la escuela, en 1980? En nuestros países de Occidente, lo menos que se puede decir es que no es amada. En la enseñanza secundaria, sobre todo, la catequesis acusa una tendencia a marginarse con respecto al cuadro escolar, incluso a ser expulsada de él... A este punto hemos llegado en 1980, en muchos países, que un nominalismo persistente o la comodidad de la costumbre continúan llamando “católicas” o “cristianas”. ¿Qué sucede? La escuela no es percibida ya como “lugar” válido, menos “privilegiado” para la catequesis: para muchos, aparecería más como un peso y un obstáculo para ésta. Porque a los ojos de los jóvenes, en primer lugar, esta escuela no es ya el lugar donde se vive el sentimiento de vivir plenamente: para ellos, la “vida” se encuentra en otros sitios. Consideran la escuela como la triste y más o menos absurda necesidad impuesta por los imperativos económicos de la sociedad y del trabajo. Está desvalorizada. Por el hecho de sus dimensiones y de su estilo, resulta cada vez menos una comunidad de vida “humana”. Entonces, ¿cómo la catequesis puede sentirse a gusto en ella? Por ello tiende a exilarse de la escuela: un modo u otro, a darse fuera (cuando se da...), o por otros agentes que los profesores. Estos, cada vez más metidos a su papel de funcionarios, no se sienten ya tan movilizados por el cuidado de la educación de la fe, ni por la preocupación del “carácter propio” de la escuela católica.

Se puede, pues, esquematizar el desplazamiento, o mejor la “institución” acaecida, del modo siguiente:

— antes preguntaba: ¿Cómo hacer de esta escuela un “lugar” y

la catequesis? Esta estaba inscrita y comprendida (si no encerrada) en la escuela. Esa escuela quería ser el cuadro que facilitaba esa catequesis que estaba contenida en aquélla;

- hoy, la imagen tiende a invertirse: el continente viene a ser el contenido, y viceversa. Parece que es la catequesis la que tendería —en el mejor de los casos— a llegar a ser el “lugar” de evaluación (con frecuencia, crítica) de la escuela, el “lugar” en el que deberían efectuarse las grandes opciones de la existencia. La vida escolar vendría a colocarse y a encuadrarse en el interior del horizonte de esa catequesis “englobante”, no ya “englobada”. Si se confirmara, ese movimiento representaría una inversión capital...

Inversión... No he dicho “perversión” necesariamente. Pero ese cambio de la situación debería pedir para nosotros un esfuerzo de apreciación, tranquilo y lúcido, una reflexión para la que voy a abrir en seguida algunas pistas. Debo señalar antes otro aspecto de los desplazamientos en curso acerca de la relación “Escuela-Catequesis”.

## 2. *Hacia el desdoblamiento de funciones: “Cultura religiosa” (para todos) y “Catequesis” (para catecúmenos)*

En efecto, la evolución del lazo histórico entre Escuela cristiana y Catequesis podría ser objeto de otro estudio que iluminara las dificultades, tanteos y salidas propuestas en estos últimos años para hacer más auténtica la catequesis en su relación con la cultura humana.

- En el inicio se dio este hecho que los maestros de la escuela cristiana tuvieron que reconocer: su escuela era frecuentada por una población cada vez más diversificada desde el punto de vista religioso. La prolongación y la generalización de la escolaridad hacían afluir a la escuela oleadas de adolescentes en situación de rechazados: allí se codeaban los creyentes, los “mal-creyentes”, los indiferentes, los agnósticos, los ateos... El mundo en el que se movían esos jóvenes y el grupo de alumnos no podían ya ser considerados como homogéneos y cristianos. A partir de ahí las condiciones de la catequesis se veían llamadas a cambiar. No parecía ya pensable y soportable el continuar imponiendo a esa clientela pluralista una catequesis basada en un presupuesto cristiano o incluso religioso, que no era ya compartido unánimemente. La situación estaba falseada.

- Aparecieron entonces, sobre todo en las escuelas secundarias esos productos de reemplazo de una catequesis que había llegado a ser imposible, pero de la que quería salvarse el rostro: se llamó “encuentros”, “horas de reflexión”, “grupos de interbio”, etc., a esas clases durante las cuales, con esos jóvenes situaciones tan diversas desde el punto de vista religioso y manifestaban, en su mayor parte, una actitud de rechazo al catecismo, animadores llenos de buena voluntad; intentaban organizar discusiones lo menos “escolares” posible, con frecuencia deshilvanadas, bastante generales para que convengamos a todos, sobre los problemas humanos de moda: racismo, diá ecología, guerra, sexualidad, etc. La invocación justificadora de la no-directividad más o menos rogeriana, ocultaba a veces bastante mal, en esos educadores desbordados, cierta tendencia mágica inspirada por el miedo. De vez en cuando les su un escrúpulo: “Se ha hablado de todo menos de Dios y Evangelio... Ni siquiera he conseguido espolvorear un poco de evangelio... ¿Ha sido catequesis lo que he hecho?”... ironizo a cuenta de los demás: a mí también me ha ocurrido todo eso.) Uno se aseguraba pensando que había hecho algo nos... “pre-catequesis”. El éxito de estima e interés encontrado en esas sesiones un poco confusas no era siempre evidente replegó estratégicamente en la fórmula de lo “facultativo”, yendo que ese término era necesariamente sinónimo de “libre”. Se soltaba el lastre, vamos... Y se manifestó que el sistema embocaba con frecuencia en el vacío y en la desaparición y simple de la catequesis o de sus “sucedáneos”.

- Desde hace poco hay otra solución que se insinúa aquí o allá el desdoblamiento de la función en “cultura religiosa” (para todos), por una parte, y “catequesis propiamente dicha”, otra, reservada ésta a los alumnos que buscan un avance en la fe. Solución que rechaza tanto la catequesis impuesta uniformemente a todos los alumnos como los grupos de intercambio o las exposiciones sobre los “problemas humanos”, o incluso régimen de lo “facultativo”. La fórmula del nivelamiento bajo (o por el “denominador común”), evocada aquí, y sobre la que se había replegado con frecuencia, es objeto de muchas críticas:

- da a los jóvenes la impresión de falta de seriedad y rigor, cuando comparan esos “encuentros” con las otras enseñanzas que reciben;

- agrava el funesto desfase entre cultura humana profana y cultura religiosa;

- tiene el riesgo de dejar entender que la fe es un vago moralismo humanista, una opinión entre otras, o un fideísmo invertebrado que no honra las exigencias de la inteligencia;
- es un recurso un poco vergonzoso a un sucedáneo mediocre de la catequesis;
- los jóvenes perciben en seguida el engaño: se les quiere conquistar, manipular, “bautizar” por la vía rápida, y más o menos clandestina, su experiencia humana y las relaciones interpersonales...

Para escapar a esos graves inconvenientes se busca, pues, el distinguir claramente la enseñanza científica sobre el fenómeno cultural, que constituye el hecho religioso y cristiano, y la catequesis propiamente dicha que supone un tanto claramente admitido de implicación personal. La primera forma parte de toda cultura humana, concierne la conciencia de todos y se sitúa más acá de la opción de fe cristiana; se refiere a un hecho cultural que debe entrar normalmente en los programas escolares destinados a todos los alumnos, sean los que sean. La catequesis no puede dirigirse sino a los “catecúmenos” únicamente, quiero decir —sin hacer arqueología—, a esos jóvenes, incluso ya bautizados y más o menos bien sacramentalizados, que quieren positivamente ver un poco más claro en la fe de la Iglesia y apropiársela personalmente. Se les ofrecerá, pues, también en el marco de la escuela con frecuencia, la posibilidad efectiva de participar a esos grupos de catequesis explícita que no temerán anunciar honestamente su “color”. Así se corregirán, se cree, los vicios y fallos, sea de una catequesis impuesta a todos, sea de los encuentros de charla sobre temas vagamente tomados a una actualidad de revista. La totalidad de los alumnos recibirá una cultura religiosa (que no es la catequesis) del mismo nivel y seriedad que la enseñanza de la literatura o de las ciencias, lo cual responde a una necesidad innegable, tanto para los cristianos como para los otros, y las sesiones de catequesis no quedarán estropeadas: en ellas se dará catequesis explícita. La disociación de la Cultura religiosa (profana) y la Catequesis no deja a nadie en estado de subalimentación y respeta la libertad de todos.

De nuevo hemos de formular las siguientes cuestiones:

(No nos sorprenderá que las preguntas suscitadas por esta tercera parte sean numerosas e interpelantes para nosotros. Efectivamente, la fidelidad inventiva al proyecto espiritual y apostólico de J. B. de La Salle nos aleja de considerar la catequesis aislada de las tareas

de la educación humana integral. Nuestra vocación propia tiene que ser la de realizar la conjunción —no siempre fácil— de un oficio humano: el de la sociedad y de un ministerio de Iglesia, a promover un tipo de catequesis estrechamente implicada con la promoción del hombre en todas sus dimensiones.)

— Con relación al punto primero:

- La noción de “escuela cristiana”, ¿te parece aún válida en nuestras sociedades secularizadas?
- ¿Es leal y correcto asignar a la escuela cristiana la función de cuadro favorecedor para la catequesis? ¿No tendría existencia propia fuera de esa finalidad?
- Desde el punto de vista de la fe cristiana, ¿la realidad humana de la escuela tiene importancia positiva? ¿Debe ser mantenida al margen del proyecto catequético?
- Evaluar las ventajas y los riesgos de una integración de la catequesis en la escuela, y los de la emigración de esta fuera del contexto escolar.
- ¿Es verdad que la escuela no es ya o no podrá ya ser un espacio psicológico válido para la catequesis?
- ¿Es deseable y posible para cristianos, para religiosos, inventar un tipo de escuela que sea un “lugar” en el que la proposición de la fe tuviera todas sus oportunidades de poder efectuarse correctamente?
- Esa distinción entre “cursos de cultura religiosa” (para todos) y sesiones de “catequesis” (para algunos), ¿será teórica y abstracta? ¿Se apoyaría en una necesidad práctica? ¿Sobre qué visión del hombre y del estatuto de la fe se funda? ¿A qué peligros expone tal separación? ¿Es deseable?
- El curso de “cultura religiosa” (de tipo científico, informativo...), ¿puede, en la práctica, ser neutro? ¿Sería por de hecho para el profesor el cerrar la vía a toda implicación personal (por su parte, por parte de sus alumnos)?
- Esos cursos de “cultura religiosa”, ¿no dejan íntegra la importante cuestión de la enseñanza de las disciplinas pro-

(historia, geografía, literatura, biología, economía, filosofía, etcétera), que en nuestras escuelas deberían honestamente dejar todo el lugar que le corresponde al “fenómeno cristiano”, al que es imposible no encontrar en el camino y al que no podemos separar de nuestra cultura, de la historia y de la información objetiva a la que todo hombre tiene derecho?

- Más profundamente: si se admite que la fe, su anuncio en la catequesis y su celebración en los sacramentos no deben estar aislados de la vida humana, la cuestión que surge es la siguiente: Instituir en una escuela tiempos y medios de catequesis, ¿volvería a ofrecer un “suplemento” —suponiendo que este término evoca la idea de un lujo más o menos fútil y artificial? ¿Habría que proponer entonces un “complemento” de formación? Pero quien dice “complemento”, ¿no sugiere que puede en rigor prescindirse de él, aunque sea útil, sin más, el aprovecharse de él?; con otras palabras: la religión comprendida como una de las bellas artes (?).
- Para hablar como Bernard Ronze (en su libro *El hombre de fe*, DDB, 1978, pág. 121): ¿Habría que proponer la fe, en la catequesis, como si se tratara “de una flor puesta fuera de la fábrica para dar poesía al paisaje... (o) de un desahogo saludable al que sería oportuno, e incluso necesario, reservarle un lugar especial...”? Dicho de otro modo: la fe y su educación en la catequesis, ¿constituirían una especie “de ecología del espíritu”, un beatífico “espacio verde” en medio del universo de cemento de la escuela, el ramillete simpático junto al ordenador y a los fríos monstruos de la institución escolar y de la sociedad? O bien, ¿se podrían realizar sesiones de catequesis —que incluirían la dimensión “cultural religiosa”— que sean, sin ningún dogmatismo ni relativismo ofensivos, el espacio indispensable en que cada uno tendría permiso y posibilidad de madurar sus tomas de posición, libres y personales, ante toda la vida —comprendida la vida escolar?

### ¿HAY QUE CONCLUIR?

He intentado mostrar por qué líneas ha derivado la catequesis entre 1950 y 1980. ¿Líneas catastróficas o felices? Les dejo el quehacer de apreciarlo a partir de los elementos de mi descripción y de las cuestiones propuestas en cada una de las tres partes de mi exposi-

ción. Me guardaré, pues, de terminar con un juicio perentorio cerrado.

Me he hecho eco de una historia demasiado reciente, vivida en un país demasiado particular. Ustedes verán si algunos de mis análisis pueden valer para las evoluciones que han marcado la catequesis en otras regiones del mundo. De todos modos, parece siempre útil para comprender lo que ocurre entre nosotros, el mirar sobre lo que ha sucedido a los otros, incluso si es muy diferente por el hecho de las circunstancias muy otras.

Nuestro quehacer de hoy no consiste necesariamente en proponer según procedimientos idénticos, lo que se ha hecho hasta ahora. Permanece la urgencia de anunciar la fe y de dar cuenta de nuestra esperanza. Mi objetivo era ayudarles a reflexionar de modo nuevo sobre lo que tantas veces nos han exhortado a cumplir como la misión número uno del Hermano de las Escuelas Cristianas. La situación actual nos invita a continuar esta reflexión con renovado vigor.

**“Al hombre que ha tomado conciencia de la situación y de lo que se está jugando, con el sentido elemental de las responsabilidades que incumben a cada uno, una convicción se le impone, que es, al mismo tiempo, un imperativo moral: es necesario movilizar las conciencias, aumentar los esfuerzos de conciencias humanas a la medida de la tensión entre el bien y el mal, a la que están sometidos los hombres en el final del siglo XX. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. La causa del hombre será servida si la ciencia se une a la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre.”**

(Juan Pablo II: “Discurso a la UNESCO”, junio 1980.)